

# Frank Duff visto por mí

Thomas O'Flynn, CM



Tradujo P. Delfín Castañón. Título original  
Frank Duff as i knew him.

Con licencia eclesiástica.

[www.legiondemaria.org](http://www.legiondemaria.org)

Thomas O'Flynn

Frank Duff visto por mí



a María  
y  
a sus legionarios

## **Prólogo**

*En este pequeño libro, apenas algo más que un folleto, pongo por escrito brevemente mis impresiones sobre Frank Duff, que ha sido llamado el católico más distinguido del siglo.*

*Ha sido difícil para mí encontrar un título adecuado, pues no es una vida breve, ni tampoco una historia sucinta de la Legión. Se trata sencillamente de una serie de impresiones recogidas durante el transcurso de treinta años. He superado la dificultad titulándolo simplemente "Frank Duff, visto por mí".*

*Mi gratitud a Sheila Coughlan, que realizó la transcripción mecanográfica, y a la Sra. Jessop, John Murray, John Gavin, Enda Dunleavy y Sam Hughes por sus valiosas sugerencias.*

Fiesta de la Anunciación del Señor

1981

## **Introducción**

Frank Duff debe ser reconocido como uno de los católicos más grandes de este siglo. Su grandeza está confirmada por el hecho de que la Legión de María, la organización seglar que él fundara, se halla hoy funcionando activamente en la mayoría de las diócesis del mundo. Los legionarios han mostrado fe, coraje y perseverancia al acometer los trabajos apostólicos más comprometidos, algunas veces en medio de considerables hostilidades. Se inspiran en el ejemplo de su fundador y reflejan su espíritu en su devoción a Jesús y a María, y en su amor a la Iglesia.

Ha supuesto un honor para mí, como arzobispo de Dublín y como irlandés, presidir, en asambleas de carácter internacional, homenajes a Frank Duff y a la Legión de María de todas las partes del mundo. Por ejemplo, en el último Sínodo, donde muchos obispos expresaron su gratitud por la maravillosa labor que los legionarios llevan a cabo en sus diócesis. Muchos, que le habían conocido personalmente, me preguntaban por Frank Duff. Al asegurarles yo que se encontraba bien, no sabía que en plazo muy breve iba a ser llamado a la casa del Padre. Que el Señor premie sus trabajos.

Me complace presentar las memorias del padre O'Flynn en torno a este gran hombre, al que por espacio de treinta años estuvo estrechamente unido como amigo e involucrado en la labor de la Legión de María.

**+ Dermot Ryan**

Arzobispo de Dublín

## **1**

### **Breve encuentro**

Mi primer encuentro con Frank Duff tuvo lugar al principio de los años cuarenta, no mucho después de mi ordenación sacerdotal. Estaba yo entonces en el colegio de Castleknock. Una tarde en la que visitaba nuestra casa en Phibsboro, el padre Meagher, superior de la misma, me preguntó si podría dirigir la novena de la Medalla Milagrosa en la capilla de Regina Coeli. Regina Coeli es una residencia sita en la calle North Brunswick, en la que legionarias de María cuidan de mujeres sin hogar y de madres solteras con sus niños. Está muy próxima a Phibsboro.

Una vez rezada la novena y dada la bendición, una hermana legionaria me invitó a cenar en una sala, próxima a la capilla. Apenas había comenzado la degustación de un bien colmado plato de jamón con ensalada, he aquí que se abre la puerta y entra rápido un hombre pequeño, de complexión media, apuesto y que usaba unos quevedos. Era el señor Duff. Por aquel entonces podía tener unos cincuenta años. Siendo un alto oficial del Departamento de Finanzas, se había retirado en 1933 para dedicar su vida a la Legión. En aquel momento estaba algo nervioso y preguntaba

por cierto documento a la joven señorita que me había servido. Ella se volvió hacia mí y me dijo: ¿Desea usted saludar al señor Duff? Yo le dije que sí. Ella, volviéndose hacia el señor Duff, que apenas había notado mi presencia, le dijo: Este es el padre O'Flynn. El me miró, me sonrió y me saludó con una ligera inclinación. E inmediatamente, sin mediar palabra, se volvió hacia la hermana secretaria con la que dialogó algo acaloradamente sobre el documento, que ella decía haberle dado, y él aseguraba no haber recibido.

Me divertía con aquel contratiempo, pero aun ahora recuerdo el pensamiento que entonces cruzó por mi mente. Fue el siguiente: si este hombre lo que desea es causarme impresión, ciertamente no procedería de ese modo al encontrarme a mí, un sacerdote, por primera vez. Siendo yo Paúl, no me era del todo desconocida la entrañable virtud de la sencillez, al menos en teoría, y así capté aquel mensaje que tan sin querer me había transmitido.

No fue aquélla la última vez que quedé impresionado por la virtud de Frank Duff. Aquel breve encuentro me mostró otra característica que yo entonces no advertí: una firme honradez en defender lo que él creía ser la verdad. Algunas veces en el Círculo Paulino, un grupo ecuménico dirigido



por la Legión, yo me quedaba sorprendido por la forma tajante con que él exponía la doctrina de la Iglesia a los hermanos separados. Pero ellos, aun cuando no siempre convenían con él, sin embargo le respetaban por su honestidad, y su exposición final era siempre lo más brillante de la velada.

Era un luchador. Jamás se amedrentó en la defensa de sus principios cuando los intereses de la fe o de la Legión eran atacados. Ese coraje formaba parte de la armadura psicológica necesaria para su labor. Cuando él luchaba por extender el nuevo movimiento de apostolado conocido más tarde como Legión de María, encontró oposición, y algunas veces de parte de gente muy alta. Un pionero en cualquier llamamiento o estado de vida necesita coraje. Frank Duff lo tuvo con creces. Nuestros caminos se cruzaron otra vez, más tarde, en circunstancias algo diferentes.

Pocos años después de mi ordenación, sentí cierta insatisfacción en mi vida espiritual. No es que no estuviera a gusto en mi vocación y con mis jóvenes educandos. Mi trabajo en Castleknock me llenaba completamente a un nivel. Mas yo notaba que carecía de algo. Un buen día, caminando por la calle D'Olier acerté a pasar por delante de lo que entonces era la librería Duffy. Un pequeño

libro de color chocolate, que estaba expuesto en el escaparate, atrajo mi atención. Su título detuvo mis pasos. Era El secreto de María. Entré en la librería y compré el librito. La introducción me hizo pensar mucho y me dejé absorber rápidamente por ella, lo que me empujó a leer todo el libro. La introducción era del señor Duff y la titulaba "El telescopio De Montfort". Tal era el camino del que se servía para introducir al neófito en el pensamiento De Montfort sobre el puesto de María en la vida del cristiano. Lo hacía comunicando su propia experiencia: cómo por medio del santo escritor había logrado situar a María en su debida perspectiva. Todo lo que yo sé decir es que el pequeño libro, tan felizmente descubierto, ha sido el guía luminoso de mi vida durante muchos años y aún lo sigue siendo hoy.

El secreto de María es un resumen hecho por el mismo De Montfort de otra obra suya más grande titulada La verdadera devoción a María. Sobre ésta última, el cardenal Vaughan, refiriéndose al estudio perseverante de un libro espiritual, ha dicho: "Nosotros nunca nos posesionamos de una gran doctrina espiritual hasta que la hemos vivido y nos hemos saturado de ella. El alma debe remojar en su caldo hasta quedar totalmente impregnada de sus riquezas". Quienes saben de la vida santa

del cardenal y de su carácter podrán apreciar el valor de su testimonio.

Algunos años después, siendo yo superior de San Pablo, en Raheny, celebrando una entrevista con Frank Duff, le conté mi primer encuentro con la Verdadera Devoción. Su alegría fue inmensa. Inmediatamente buscó un ejemplar, impreso en forma de folleto, de El telescopio De Montfort. Lo autografió y me lo regaló con aquella sencillez tan característica suya, de la que ya he hecho mención. Me hubiera gustado haber conservado la edición original, color chocolate, del Secreto y el folleto del Telescopio; pero uno lo he prestado a alguien, y el otro lo he perdido.

Cuando tuve la referida entrevista, yo ya había ingresado en la Legión como director espiritual del praesidium Nuestra Señora del Monte Carmelo, de la curia Annuntiata. El praesidium se reunía en la antigua casa Annuntiata, cerca del puente del canal, en Rathmines. Era presidente Tom McCusker, que había sido estudiante en Maynooth; el tesorero me parece que era Martin Lee, y la secretaria, mi prima Kathleen Kelleher.

## **2**

### **Voluntario a la fuerza**

Yo fui reclutado para la Legión de la siguiente manera. Mi hermana Maurlene había ido a la escuela en el convento de Drishane, condado de Cork. Las buenas hermanas de Drishane habían fundado la Legión en su colegio. Cuando mi hermana y una amiga, Dianah Coveney, se vinieron a Dublín, allá por los años cuarenta, para estudiar economía doméstica, ingresaron pronto en la Legión. El praesidium al que se incorporaron era el de Nuestra Señora de Monte Carmelo, que por aquel entonces carecía de director espiritual.

Mi hermana me preguntó varias veces si yo aceptaría ser el director espiritual que ellos necesitaban. En un principio le presté muy poca atención. La verdad era que no sabía nada acerca de la Legión. Había oído, o creía haber oído, algo en sentido crítico y negativo. De cualquier forma, yo estaba suficientemente ocupado con mi trabajo en Castleknock.

El azar, o lo que sea, hizo que cierta tarde en la que otra vez me hallaba en nuestra casa de San Pedro, en Phibsboro, me encontrase con el ya desaparecido padre Andrew Moynihan, C.M. El padre Moynihan

era por aquel entonces un hombre muy mayor, lo que se suele decir "cargado de años". Yo le había oído decir una vez que él había hablado con un hombre que había estado presente en la ejecución de Robert Emmet en 1801. Se había distinguido en la Congregación en Irlanda, Inglaterra y Australia y tenía ganada una buena reputación de teólogo. Aproveché aquella ocasión para decirle: "Una hermana mía me ha estado pidiendo que les ayude en la Legión de María. Ellos son algo raro, ¿no es así?" El anciano me miró con toda seriedad. "Ellos", dijo, "son un milagro moderno". Entonces yo insistí: "Pues yo he oído a algunos de mis amigos criticarlos". Respondió simplemente: "Ellos critican la Legión sencillamente porque la Legión les hace ver cómo son". Ya no hablamos más del asunto.

Poco después, con el permiso de mi superior de Castleknock, padre William Sullivan, me presenté un jueves por la tarde en la casa Annuntiata, en Rathmines. Así comenzó mi conexión con la Legión, que, salvo dos breves paréntesis, ha durado más de treinta años. Me llevé una agradable sorpresa en mi primera junta. Así que ojeé el Manual, me di cuenta de que la espiritualidad de la Legión estaba basada en la de san Luis María de Montfort. Me sentí en mi ambiente.

Mi entrada en la Legión fue realmente maravillosa. Los oficiales eran excelentes, y no era posible que hubiera un praesidium más ordenado y más edificante. Pronto comencé a esperar con placer mi reunión de los jueves por la tarde y se amplió la dimensión pastoral de mi sacerdocio. Algunos sábados por la tarde visitábamos los hogares para consagrar las familias al Sagrado Corazón. Con frecuencia una vivienda se reducía a una habitación donde una buena y joven pareja comenzaba a formar su familia en circunstancias difíciles. La fecha y hora para la ceremonia de la consagración ya había sido acordada con anterioridad con los legionarios. Éramos muy bien recibidos. Yo pensé que la razón era porque la gente rara vez recibía la visita de un sacerdote en sus casas. Recuerdo con agrado el haber tomado, al menos en una ocasión, un té muy completo en una casa-habitación con una joven pareja y un niño pequeño que se reía y nos observaba desde la cuna en un rincón de la habitación. Cuando Louis Dalton escribió aquello de que "El dinero no es importante", pienso realmente que tenía mucha razón.

Durante mi primer año en Nuestra Señora de Monte Carmelo me encontré con Frank Duff por segunda vez. Sucedió que había una fiesta anual de la Curia en la Casa

Mansión, y yo había sido invitado como director espiritual de un praesidium.

El programa para aquella tarde incluía una especie de desfile de las reinas del mundo, culminando en un cuadro al vivo de Nuestra Señora. Confieso que aquello no me convenció del todo. Realmente pocas obras de temas religiosos, en escenario o pantalla, han logrado satisfacerme por completo. Sólo recuerdo dos de ellas -una en español con subtítulos en inglés, "Nuestra Señora de Guadalupe", y otra película francesa, "Le Defroqué"- algo chocante, pero saturada de fe.

Después del desfile nos fuimos a tomar el té. Supuse que los oficiales de mi praesidium deseaban que me encontrara con Frank Duff. Me colocaron en la mesa frente a él. No obstante, la conversación se hizo imposible por el ruido y las voces. Además, Frank Duff ya oía algo mal, defecto que soportó hasta el final de su vida. Ambos probamos a inclinarnos hacia adelante tanto como nos era posible, pero no sirvió de mucho. Alguien sugirió que me cambiara de sitio y me sentara junto a él, lo que hice con gusto.

Sólo recuerdo una cosa de aquel té. Sobre la mesa, frente a nosotros, había una bandeja con dulces. Lo primero que hizo Frank Duff

fue alargar la mano y llevarse lo que me pareció era el merengue más succulento de toda la bandeja. De nuevo me vino a la mente el pensamiento que me asaltó la primera vez que nos conocimos: "Si este hombre buscara impresionarme, no se habría llevado aquel pastel de merengue".

Recuerdo algunas cosas de la conversación que tuve con él después. Fue sobre China y sobre las dificultades que tanto la Iglesia como la Legión encontraban allí. El padre Aedan McGrath hacía poco que había vuelto triunfante de su espantosa y dura prueba. Más de treinta años después, China y su conversión era el pensamiento constante en la mente de Frank Duff en los meses antes de su muerte. Una vez emprendida una carrera, él jamás renunciaba.

Algún tiempo después de aquel encuentro, debido a otros compromisos, no pude continuar con la dirección de Nuestra Señora de Monte Carmelo. Mi trabajo en Castleknock me tenía plenamente ocupado y yo había resuelto desde un principio que el trabajo de la Legión no debía interferir mi trabajo en mi comunidad, que para mi era lo primero.



### **3**

## **Un amigo en apuros**

En 1959 fui nombrado superior del colegio de San Pablo, en Raheny. El colegio había sido fundado en 1950. Mi predecesor, el padre Moran, había construido un nuevo edificio, de atractivo diseño y lograda capacidad de utilización, junto al antiguo y hermoso inmueble que se levantaba sobre un amplio terreno. El trabajo de la administración me dejaba muy poco tiempo libre para poder dedicarlo a la Legión.

Mi primer objetivo, como superior de San Pablo, fue la formación espiritual de los estudiantes. Para mí la educación ha sido siempre, en primer lugar, un trabajo pastoral. La formación de los jóvenes iba en línea con el ideal de nuestra Congregación. Nuestro primer objetivo como Congregación es el de ser misioneros; sin embargo, no se puede olvidar que las misiones no pueden existir sin sacerdotes. Creo que los colegios donde los estudiantes son educados en un clima académico de fe, son una fuente natural e indefectible de vocaciones. La verdad es que hoy más de la mitad de los sacerdotes de la Congregación de la provincia anglo- irlandesa han sido formados en Castleknock.

Estaba dando vueltas a esta idea cuando nuevamente me encontré con Frank Duff. Yo había determinado que el programa de la formación espiritual para los estudiantes de quinto y sexto curso incluyera la creación de algún tipo de asociación de Nuestra Señora. Me decidí a escribir los estatutos de la nueva asociación, que, según mi pensamiento, habría de responder a las necesidades existentes.

Un día, en un viaje a Blackrock, me encontré con Frank Duff en el autobús; estaba sentado frente a mí. Iba leyendo el breviario. Se me ocurrió preguntarle su opinión sobre el proyecto de estatuto para la nueva asociación. Ahí mismo acordamos, un tanto indefinidamente, tener una entrevista, y ese mismo día, o el viernes siguiente, me fui a Regina Coeli y le encontré, como de ordinario, en la reunión del praesidium de Regina, que tenía lugar los viernes.

Me senté en la reunión, o en una silla fuera del círculo. Recuerdo muy poco de lo que se trató, lo mismo que de las personas asistentes, excepto que presidía la hermana Mary Rowe, tan grande de corazón como de cuerpo. Mary Rowe llevaba el consuelo a muchas de las almas de Regina Coeli.

Terminada la reunión, estuve con Frank Duff y hablamos largamente, hasta bien entrada

la noche, sobre el proyecto que yo traía entre manos. Mi recuerdo de la entrevista ya está algo borroso, pero tengo una idea de que la sala donde estábamos era una especie de clase, y de que estábamos sentados en un viejo banco, no muy confortable por cierto.

Como siempre, me prestó toda la atención e hizo comentarios sobre el borrador inacabado que yo llevaba conmigo. Lo único que sí recuerdo claramente fue un comentario que hizo acerca de la Devoción a Nuestra Señora. El prudente consejo dado por él en aquel momento tuvo la virtud de dotar de mayor claridad y fuerza la idea general que yo traía en lamente. Hizo hincapié en la maternidad universal de María y en el honor que se le debía tributar. Pero acentuó que realmente se honra a María cuando se trabaja con ella. "Pregúnteles", dijo, "qué opinarían de un muchacho que tuviera muchos hermanos y hermanas y estuviera elogiando a su madre y diciendo lo maravillosa que era, pero que nunca hubiera movido un dedo para atender a sus hermanos y hermanas más pequeños o que siempre hubiera escurrido el bulto a los muchos quehaceres domésticos". Por supuesto que la lección, tan sencillamente enseñada, encerraba una profunda verdad sobre el apostolado seglar. Desde el día de la Anunciación hasta el fin de los tiempos, el

trabajo de María ha sido la salvación de las almas. Toda la vida de Frank Duff giró en torno a esta verdad: ayudar al trabajo de Nuestra Señora. Así de sencillo.

Lo que hay que resaltar de la conversación aquí reseñada es que, en ningún momento, intentó disuadirme para que no comenzara la nueva asociación, que tendría como finalidad honrar a María. Él me prestó toda la ayuda que pudo. Y así se realizó.

Sobre la historia posterior de la asociación establecida en San Pablo sé muy poco o nada. Ejerció una influencia benéfica en San Pablo hasta el término de mi tiempo como superior. El arzobispo McQuaid se mostró interesado y consiguió la aprobación de Roma. Más tarde, logré afiliarla a la Congregación de María, asociación Paúl extendida por todo el mundo. Supongo que "Medallistas de María Inmaculada" habrá corrido la suerte de otras muchas asociaciones marianas en el período inestable que siguió al Concilio Vaticano II.

## **4**

### **Una amistosa llamada**

En 1965 fui nombrado director espiritual del colegio de San Patricio en Maynooth. Previamente había sido director espiritual de un praesidium por algún tiempo, en Myra House, cuna de la Legión, cuyo presidente era Norman Molloy. De este modo, si no estuve en la cresta de la ola de la actividad de la Legión, sí, al menos, arrimé el hombro.

De nuevo mis obligaciones en Maynooth me impedían toda actividad legionaria fuera. En la primavera de 1966 recibí una carta de Frank Duff en la que me rogaba le hiciese una reseña de una nueva "vida" de san Luis María de Montfort, cuyo centenario se estaba conmemorando por aquellas fechas. Accedí gustosamente y el artículo apareció publicado en 'Maria Legionis'. Llevaba una nota de presentación en la que se decía que tanto el artículo "como mi posición en la Legión eran de primera clase". La nota, por supuesto, era de Frank Duff. El pequeño incidente tuvo la importancia a la luz de lo que sigue. De hecho, se me estaba presentando, pienso que con alguna intención, a una más amplia audiencia de legionarios.

Al principio del verano de aquel año 1966, el padre Donnchadh O'Floinn, que ocupó la cátedra de irlandés en Maynooth y que había sido durante algunos años director espiritual del Concilium, organismo central de gobierno, había renunciado por motivos de salud. Durante las vacaciones de aquel verano, estaba yo, como de costumbre, en el colegio educacional de San Patricio en Drumcondra. Un día, mi compañero el padre Slowey dejó caer lo siguiente sin darle importancia: "Creo que tú vas a ser el nuevo director espiritual del Concilium". Esto me hizo reír, pues yo no tenía cargo ni experiencia alguna en las altas esferas de la Legión, y sólo había desempeñado funciones relativamente pequeñas. No obstante, como él insistiera que estaba en lo cierto, hicimos una apuesta, yo en contra de mí mismo.

Esa misma noche, o a los pocos días, recibí una carta de Frank Duff en la que me decía que el cardenal Conway le había comunicado mi nombramiento, que presumiblemente había sido hecho en la reunión de los obispos en junio. Yo puse el modesto importe de mi apuesta en un sobre y lo dejé en el buzón de Harry Slowey. Cuando encontré a Frank Duff, le conté la anécdota. Para sorpresa mía, no se rió, pero, con aire casual, me dijo todo serio: "Si usted ha sufrido una pérdida, nosotros podemos ayudarle". Yo le aseguré que la apuesta

había sido muy pequeña, de cinco chelines. Y no se habló más.

No obstante, el pequeño incidente revela algunas cosas sobre él. Su vasta experiencia de la vida y de la gente le encontraba preparado para cualquier eventualidad. Si él tenía en sus manos a un nuevo director espiritual que podría excederse en lo tocante a apuestas, estaba perfectamente preparado para asumir la situación sin pestañear.

Frecuentemente he pensado que la reseña sobre la vida de san Luis María, a la que antes me he referido, me había sido solicitada para probar mi ortodoxia acerca de De Montfort. En cierta ocasión, grabando una cinta video con él, le comuniqué mi sospecha. El solamente sonrió, pero no dijo nada.

Un día, muchos años después, cuando él y yo conducíamos a través de la ciudad en nuestro camino hacia alguna parte, al pasar junto a los puestos de corredores de apuestas en las carreras de caballos, le comenté el número de ellas, pensando oírle algún comentario sobre los males del juego. Él habló sobre las apuestas de caballos, y su tesis era que a la postre resultaba imposible para nadie que apostara con regularidad realizar una ganancia. Para mi sorpresa, me dijo que en sus años jóvenes, siendo

funcionario público, él y unos cuantos compañeros solían visitar una de las más grandes cuadras en Inglaterra. Pero, como él mismo me explicó, aun aquellos jugadores que tienen información de primera mano, a lo más que pueden aspirar es a no perder. No dudo que él hubiera podido hablar largamente sobre el tema de haber continuado la conversación.

Mi primera actuación como director del Concilium fue el domingo 21 de agosto de 1966, víspera de la fiesta del Inmaculado Corazón de María, lo que tomé como un feliz augurio, pues siempre he asociado las fiestas de Nuestra Señora con felices acontecimientos. Con Pere Lamy, yo siempre he creído que ella desea dar algo en sus fiestas.

Durante el primer año, yo estuve todavía en Maynooth y, aparte de las reuniones de los oficiales del Concilium y del Concilium mismo, que son lo más esencial, participé en muy pocas actividades más. El padre Donnchadh O'Floinn, a quien había visitado antes de aceptar mi nombramiento, me había dicho cuáles eran las reuniones más esenciales; pero había añadido: "Por supuesto, usted será invitado a muchos actos, reuniones y congresos", si bien dio a entender que sería imposible asistir a todos.



Cuando le pedí a Frank Duff algunas orientaciones sobre lo que tenía que hacer en mi nuevo cargo, su respuesta fue corta: "Anímelos constantemente a conquistar para Cristo". Como yo había explicado en la Misa de Requiem al mes de su muerte, él no podía haber respondido de otro modo. Aquella sentencia era como el resumen de todo su credo y de toda su vida. Como mensaje para el cargo mismo, dijo simplemente: "No deje que le esclavice". Esto parece muy extraño por venir de un hombre que había entregado toda su vida a la práctica y a la predicación de lo que la escuela francesa de espiritualidad llama "Esclavitud de María". Pero su contestación no revela, a mi juicio, contradicción alguna. Aunque a él le gustaba el heroísmo, no fue, sin embargo, ningún Quijote. No hubo hombre más prudente y sensato a la hora de evitar excesos en materias espirituales.

Quienquiera que fuere su director en sus primeros años, debió haberle señalado clara y definitivamente los hitos para el camino hacia la santidad. Sentía cierto horror a las manifestaciones de lo sobrenatural o, mejor dicho, de lo preternatural. Un incidente bastante divertido lo demuestra. Recuerdo haber estado una vez con él y algunos oficiales del Concilium y unos cuantos sacerdotes del país en el salón de la parte delantera de las oficinas del Concilium. Era

un 25 de marzo, festividad de la Anunciación, fiesta patronal de la Devoción de De Montfort y de la Legión. Estábamos sumidos en una profunda discusión y completamente olvidados del paso del tiempo. Al mediodía sonó el toque del Ángelus. La campana parecía estar en la sala o en algún lugar muy próximo. Todos nos levantamos automáticamente y rezamos las preces. Entonces alguien preguntó: "¿Quién ha tocado la campana para el Ángelus?". No hubo respuesta. Además, el sonido que se había oído era totalmente diferente al sonido de cualquier campana de las oficinas. La perplejidad se revelaba a través del silencio. Entonces Frank Duff lo rompió, comentando con alguna aspereza sobre los peligros de dejarse engañar por aparentes manifestaciones sobrenaturales, y añadió que si creyera que la campana no había sido tocada por mano humana huiría rápidamente de aquel lugar. Creía firmemente en la existencia y en el poder del maligno. La reunión continuó como si nada hubiese ocurrido.

Muy probablemente lo que había sonado era la campana de la procatedral, que toca el Ángelus al mediodía y por la tarde a través de Radio Irlanda. Nosotros no teníamos ningún transistor, que yo supiera. Pero uno de los hermanos de Morning Star, que le gustaba gastar bromas, pudo haber enviado

el sonido a través del teléfono interno situado en la sala al otro lado del pasillo. No me molesté en averiguarlo.



*P. Miguel Toher*

A Frank Duff le disgustaban los fenómenos de aquella índole, debido en parte a una experiencia que había tenido en los primeros días de la Legión. Ciertas cosas muy extrañas ocurrieron en la iglesia de Leixlip,

donde el padre Toher, primer director espiritual, estaba de coadjutor. Frank Duff llegó a creer que se trataba de una intentona diabólica para desprestigiar a la incipiente Legión frente a las autoridades eclesiásticas. Él me prometió, una o dos veces, que me contaría la historia de Leixlip; pero como dijo que sería un relato muy largo, nunca encontramos el momento para ello.

Este saludable escepticismo, o sentido común, en relación a las experiencias sobrenaturales, lo transmitió íntegro a sus legionarios. Una anécdota que nunca dejaba de provocarles la risa era la del introductor eclesiástico que presentaba a una enviada en un país europeo. La presentación a esta primera reunión terminaba con estas palabras: "y ahora la señorita Browe les contará la historia de sus visiones". Frank Duff solía relatar la anécdota él mismo, coronándola con una gran risotada.

## **5**

### **El crisol**

Sé muy poco sobre quiénes pudieron haber sido los directores espirituales del fundador de la Legión de María. Recuerdo que en una ocasión me habló de haber recibido, en los primeros años, una gran ayuda del padre Browne, de la Compañía de Jesús. Mi opinión es la de que encontró toda la dirección necesaria en las enseñanzas de la Iglesia y en la obediencia a toda autoridad eclesiástica. Su confianza en la providencia era inamovible, y se mostró sensible hasta la delicadeza en el seguimiento de los designios divinos sobre él. Así escribía a un amigo:

"Cuando hablo de dirección... me refiero a las circunstancias de la vida. Estas han dictado mi andadura de tal forma que creo que apenas ha existido la posibilidad de la opción. En relación a mi estado de vida y el modo de realizarlo, estos principios siempre han estado presentes y ellos son los que me han impulsado. Ni siquiera hubo de darse el caso de llegar a una bifurcación en el camino y quedar mi ruta determinada por un poste indicador. Fue más bien el no encontrar bifurcación alguna, tener toda la carretera por delante para caminar".

Y refiriéndose a una determinada actuación que se recomendaba: "Yo no estoy sujeto a ninguna forma de dirección, que yo sepa, que de algún modo pueda obligarme a abandonar mi camino".

Por lo demás, me dijo que solía confesarse semanalmente en San Pedro, en Phibsboro. Si se me permite hablar como uno de la familia, los hijos de San Vicente, si eran fieles a su fundador, no se prestarían a alentar nada con carácter de patente "misticismo". Como ya he dicho, era renuente a la idea de fenómenos místicos extraordinarios, como se desprende del extracto de la carta siguiente: "A través de toda mi vida he sido conducido de una forma muy normal. Jamás tuve ninguna aparición ni gocé de favores místicos especiales. Creo que hace unos sesenta años que leí el libro de Poulain, Las gracias de la oración mística (escribía esto en 1977). Aquel libro me llevó, de forma drástica, al convencimiento de los peligros que hay en la experiencia de tales estados espirituales. Pedí con todo fervor que nada de esa índole se me presentara jamás. Y he seguido fiel a esa forma de pensar".

Por sus escritos, especialmente por el Manual, podemos tener una idea bastante exacta del ambiente espiritual en que se movía. En sus enseñanzas espirituales se

demuestra que, en muchos aspectos, era un hombre de su tiempo. Supo armonizar la consagración de san Luis María de Montfort con la doctrina del cuerpo místico de Cristo. Esta doctrina se desarrollaba bajo nuevas perspectivas por los años veinte, culminando en la encíclica *Mystici Corporis Christi*, de Pío XII, en 1943. En todo momento fue muy respetuoso con el magisterio y las enseñanzas de la Iglesia, y no se puede olvidar que la Legión se desarrolló durante el pontificado de Pío XI, el Papa de la Acción Católica, y que recibió su primera aprobación de Roma de mano de este gran pontífice.

Fue también un gran innovador. El cardenal Suenens señala que la Legión ha sido la primera de nuestro tiempo en promover una devoción popular al Espíritu Santo. Conviene tener en cuenta al respecto que la promesa legionaria, que hacen todos los legionarios sin excepción alguna, no se dirige a Nuestra Señora, como cabría esperar, sino a la Tercera Persona de la Santísima Trinidad.

Las enseñanzas de De Montfort fueron la fuente y el origen de la espiritualidad de Frank Duff. En De Montfort no sólo encontró a María, sino a sí mismo y a la Legión. El descubrimiento ocurrió de esta manera.

Allá por el año 1917, era presidente de una conferencia de San Vicente de Paúl, que se reunía en la calle Whitefriar. Desde 1914, poco más o menos, había estado combatiendo el proselitismo. Parte del trabajo consistía en montar piquetes frente a un local de proselitistas que ofrecían desayuno gratuito a indigentes a condición de que asistieran a los servicios no católicos. Frank Duff se asoció con un zapatero llamado Gabbat, cuyo contrataque consistió en ofrecer su propio desayuno gratuito en una especie de establo en la calle Whitefriar. Gabbat, según la descripción humorística de Frank Duff, era un hombre de lo más santo, ique de vez en cuando se pescaba una imponente "trucha"! Hoy día probablemente le definiríamos como un alcohólico. En aquel tiempo, el monasterio del Monte Melleray atendía a los alcohólicos, que convivían allí con los monjes hasta que se curaban. Un día, Frank Duff llevó a su amigo Gabbat a Melleray para ayudarlo a recuperarse de una de sus borracheras, y allí descubrió a De Montfort.

Él había oído hablar de la "Verdadera Devoción" a Vicente Kelly, un conocido arquitecto, pero había rechazado la doctrina por considerarla extremista. Otro amigo, Fallon, que más tarde, siendo sacerdote, murió en la persecución de la Iglesia en México, le acosaba con la doctrina de De



Montfort. Aprovechando su visita a Melleray, pidió algún libro sobre Nuestra Señora "no demasiado teológico para él", como así lo expresó; pero, sin embargo, lo suficientemente profundo para proporcionarle un entendimiento del lugar de María en la economía de la redención. Un buen monje atendió su petición y le dio el libro *La bienaventurada Virgen María*, escrito por un teólogo llamado De Consilio. Leyó el libro que resultó para él una auténtica epifanía. Todo lo referente a María en la ordenación divina aparecía perfectamente encajado. Hasta tal punto le entusiasmó el libro, que copió a mano gran parte de él. Más tarde conseguiría un ejemplar en una librería del muelle del puerto.

Recuerdo que una de las primeras cosas que hice durante mi primer año en Maynooth fue buscar en la biblioteca el libro de De Consilio. Hallé un pequeño libro de tapas fuertes, color azul, publicado, si mal no recuerdo, en Nueva York, allá por los años ochenta del siglo pasado. Ni que decir tiene el interés con que lo leí.

Volviendo a nuestro protagonista. En el verano de 1921, le pidieron a Frank Duff que dejara la conferencia de la calle Whitefriar para presidir la de San Patricio, que se reunía en Myra House, en la calle Francis. En aquel tiempo, no se admitían

mujeres en la asociación de San Vicente de Paúl. No obstante, un grupo de mujeres acostumbraba a ayudar de alguna forma en los trabajos. Uno de ellos era promover la Asociación Pionera Abstinencia Total del Sagrado Corazón. Tenían una reunión mensual en Myra House.

Una tarde del verano de 1921, el encargado de Myra House, Matt Murray, estaba relatando su visita, como miembro de la Asociación de San Vicente, a unos pacientes en el hospital South Dublin Union. Las mujeres que le escuchaban se conmovieron de tal modo con la narración de las patéticas condiciones de los pacientes, que preguntaron: "¿No podríamos nosotras hacer una asociación para visitar las salas de mujeres?". Y decidieron inmediatamente fijar una fecha para una reunión. La fecha señalada fue la del 7 de septiembre de 1921, vísperas del nacimiento de Nuestra Señora, circunstancia que siempre habría de ser recordada por el Sr. Duff. En la primera junta, antes de reunirse los socios, la primera en llegar preparó el altar de la Legión, alrededor del cual tuvo lugar la reunión. Aquella junta estuvo integrada por quince señoritas, la mayoría sin cumplir los veinte años o rebasándolos por muy poco; un sacerdote, el padre Miguel Toher, y Frank Duff. Como un autor ha escrito, "fue el principio de un largo camino". Aquella

primera reunión tuvo todo lo esencial de un praesidium de la Legión de hoy día. Allí se tuvo la invocación al Espíritu Santo, el rosario, la allocutio, que presentó ante aquellas jóvenes una síntesis de la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo. Se asignó trabajo a todos los socios. Habían de visitar, por parejas, a los pacientes e informar sobre ello en la próxima junta. Se vieron a sí mismas como siervas de María en su cuidado maternal de las almas. Por supuesto, aquel grupo, humanamente hablando, no nació por generación espontánea. La influencia de la Asociación de San Vicente de Paúl en el estilo de la junta era evidente. Otro tanto se podría decir del ambiente espiritual que rodeó a la Legión en su nacimiento; allí hubo mucho más que una simple casualidad.

Se habían celebrado charlas informales posteriores a la reunión mensual del Consejo de Pioneros en las que Frank Duff había iniciado a sus oyentes en la Verdadera Devoción a Nuestra Señora según san Luis María de Montfort. John Murray, escribiendo sobre los orígenes de la Legión, afirma: "Si uno pretende investigar la génesis de la organización, anterior a la primera reunión formal, habrá de remontarse a aquellas reuniones informales de Myra House, que datan de 1917".

El espíritu de la Verdadera Devoción de De Montfort, como fuente principal de la vida espiritual de la asociación, se dio por descontado desde un principio. La imagen "presidiendo" la reunión fue la de Nuestra Señora de Gracia, o de la Medalla Milagrosa. Dicha imagen, cuyo modelo fue revelado a santa Catalina Labouré, en 1830, simboliza la verdad que define la espiritualidad de la Legión: Nuestra Señora es la medianera de todas las gracias.

Al principio, el nuevo grupo se llamó la Asociación de Nuestra Señora de la Merced. La primera presidenta fue una neozelandesa, Isabel Kirwan. El nombre de Legión de María fue adoptado en 1925, y los nombres latinos de praesidium, curia y concilium surgieron más tarde, conforme se iba extendiendo la Legión.

En 1922, abrió sus puertas en la calle Harcourt de Dublín el primer refugio para muchachas desamparadas, y en 1927, otro, el Morning Star, para hombres desamparados y sin hogar. Tres años después, se inauguró el albergue Regina Coeli para muchachas desamparadas y madres solteras.

El primer grupo fuera de Dublín se fundó en Waterford, en 1927. En el año siguiente comenzó a existir el primer grupo

ultramarino, en Glasgow. Pronto comenzaron a florecer los praesidia en Inglaterra, América y la India. Hoy día, la Legión está establecida en la mayoría de las diócesis de la Iglesia Católica y tiene incluso autorización de la Santa Sede para fundar praesidia entre los miembros de la Iglesia Ortodoxa.

## **6**

### **Examen microscópico**

Pero estamos escribiendo de Frank Duff. Con la protección del Señor y de María, la Legión se desarrolló con él y bajo su dirección. Acaso sea éste el momento de realizar un examen microscópico de su carácter y de su espiritualidad.

Frank Duff fue producto de un determinado medio ambiente y formó parte de su época y de la Iglesia de su tiempo. Sin embargo, aportó algo realmente singular a la Iglesia del siglo XX.

Fue un radical, en el mejor sentido de la palabra. Jamás sintió temor a la hora de aplicar el hacha a la raíz del árbol infructuoso. El árbol era, en este caso, todo aquello que limitase u obstaculizase la difusión del evangelio. Toda su vida fue una lucha contra la pasividad en orden a la evangelización. Sostuvo, eso sí, una guerra civilizada, pacífica y paciente. El hombre que en 1922 se puso a trabajar con afán en el barrio chino de la calle Montgomery y sus alrededores era ciertamente un intrépido innovador del apostolado seglar.

La calle Montgomery, al norte de Dublín, era, durante las primeras décadas de este

siglo, el centro de un barrio de corrupción cuya fama se había extendido más allá de las fronteras del país.

En 1922, los legionarios, bien asesorados por los padres Creedon y Toher, decidieron acometer la tarea de evangelizar el distrito. El padre Toher, que por aquel tiempo era coadjutor en la parroquia de San Nicolás de Myra, ya desde un principio había estado presente en las reuniones de la Legión. El padre Creedon, coadjutor de Dalkey, se había asociado algo después. Estos dos celosos sacerdotes eran los directores espirituales en aquellos años de formación. El problema que presentaba la zona de Montgomery era un hueso duro de roer. Se decía que hasta los policías tenían miedo a patrullar las calles de aquella zona. Los legionarios, cosa rara, nunca fueron molestados. Más aún, fueron en general bastante bien recibidos. Su método, aparte de la primera penetración en esta "tierra de nadie", era sencillo. Tomaban contacto de la forma más cariñosa y respetuosa posible con las chicas de los numerosos burdeles. Les entregaban la Medalla Milagrosa, y, al mismo tiempo, les explicaban con sencillez y les recordaban las verdades principales del Evangelio, de las que la Medalla era un exponente. La Medalla, y lo que representaba, era, como siempre, el arma principal de aquella guerra. El uso de la

Medalla más tarde dio lugar a una ingeniosa frase de sello dublinés, atribuida al doctor Ricardo Hayes, crítico de cine, que llamó a los legionarios, "Miraculous Meddlers" ("entrometidos milagrosos"). El fundador, lejos de ofenderse por el irrespetuoso mote, disfrutaba no poco repitiéndolo.

El último paso dado por los legionarios para combatir el mal de la prostitución fue llevarse a las chicas a hacer ejercicios espirituales. Aquellos ejercicios supusieron un éxito extraordinario. Los legionarios se encontraron entonces con el problema de habilitar una casa para ellas. El señor Cosgrave, a la sazón jefe del gobierno y gran amigo, les cedió el viejo cuartel general del Sinn Fein, en la calle Harcourt, para casa de las chicas. La mayoría retornó a una vida católica normal y razonable. De una, por lo menos, se sabe que entró en un convento y que acabó sus días como miembro de una comunidad religiosa.

Algunos años más tarde, abrió sus puertas "Regina Coeli" para las madres solteras. Esta fundación manifiesta, una vez más, el elemento "radical" en el pensamiento de Frank Duff. Antes de "Regina Coeli" ya existían albergues para madres solteras. Estaban bien atendidas y eficientemente dirigidas por religiosas. En estos albergues, sin embargo, después de un corto tiempo,



los recién nacidos eran separados de sus madres para ser adoptados o llevados a otra institución. Frank Duff sostenía que lo más natural era que la madre criara a su niño. La novedad de "Regina Coeli" consistió en permitir que la madre y el niño estuvieran juntos hasta que el niño tuviera la edad de ir a la escuela. Durante el día, las madres salían a trabajar y los niños eran cuidados por las hermanas de "Regina Coeli". Fue positivo. Cuando escribo esto, "Regina Coeli" tiene alrededor de 150 entre madres solteras y mujeres desamparadas, y unos 50 niños. Pocas veces he visto niños mejor adaptados, aun en casas acomodadas y respetables.

El trabajo con hombres vagabundos en el albergue "Morning Star" comenzó en 1927. Como todo trabajo legionario, está dirigido a socorrer a los más necesitados y abandonados. Lo maravilloso es, no tanto que los "cubas" que vivían en la casa no siempre llegaran a ser santos, sino que tantos legionarios estuvieran dispuestos a dedicar su vida entera a la tarea dura e ingrata de proveer de un hogar a estos desdichados.

Doy por sentado que lo que mueve a estos legionarios es la caridad, y algunas veces es necesaria una caridad de mano dura. El mentor principal de "Morning Star" no era

precisamente un santo de alfeñique. He oído decir que en sus buenos tiempos era capaz de tumbar al suelo al revoltoso más fuerte del albergue. Aunque no era demasiado alto, era ancho de pecho, de complexión vigorosa, de un físico fuerte, en su tiempo un gran nadador y una gran promesa atlética. En años más recientes, oí el relato de un testigo ocular que vio cómo uno de los "Huéspedes" de "Morning Star" se disponía a arrojar una gran piedra por una de las ventanas del albergue. Frank Duff, que casualmente pasaba por allí, se acercó a él y le asió fuertemente por las solapas de la chaqueta. Los dedos que atenazaban la piedra se fueron aflojando suave y mansamente, y la piedra cayó al suelo.

Podríamos contar sin temor a agotarnos. Posiblemente el ejemplo más relevante de su postura "radical" fue la fundación de la asociación "Mercier" en 1940. El objetivo de esta asociación era discutir cuestiones de fe con los no católicos, con el propósito de traerlos a la Iglesia. No era exactamente ecumenismo, tal como lo entiende el Vaticano II, pero sí un primer paso en tal dirección y, en la práctica, casi lo mismo. Católicos, miembros de la iglesia de Irlanda y presbiterianos no se mezclaban mucho en la Irlanda de aquel tiempo, ni socialmente ni de otra forma alguna. La discusión amistosa sobre cuestiones de fe, o cualquier otro tipo

de cooperación, era algo que a nadie se le había ocurrido.

Por supuesto que la ocasión aún no era propicia y la asociación corrió la suerte de todo lo que nace a destiempo. Sin embargo, en los pocos años de su existencia, llegó a tener 200 socios, muchos de los cuales eran prominentes eclesiásticos y profesionales. A la postre hubo de terminar, cuando el Dr. McQuaid, no sin razón, declaró que su actividad era contraria al derecho canónico. Aquellos eran otros tiempos; pero Frank Duff nunca dejó de lamentar tal cierre. Después del Concilio, en un clima más favorable, fundó el "Círculo Paulino", de trayectoria muy similar. El círculo prospera calladamente y crece el número de socios. ¡El jamás arrojaba la toalla!

Otra nueva sorpresa fue la "Peregrinatio". Comenzó con algunos estudiantes universitarios dedicando parte de sus vacaciones a llevar a otros lugares el conocimiento de la fe. A los 20 años, se ha convertido en un movimiento mundial. La expresión "Peregrinatio pro Christo" era el nombre usado por los antiguos monjes irlandeses en sus viajes misioneros hacia lo desconocido. A Frank Duff le fascinaba este ideal de la peregrinatio. Significaba dejar todas las cosas para predicar el evangelio. Así era su vida. La abnegación que esto

exigía a menudo asomaba a través del apretado haz de sus declaraciones, como aquella que, medio en broma, repetía muchas veces: "Los caminos de Dios rara vez son cómodos". El se permitía a sí mismo bien pocas comodidades. En los primeros años, viajando a Inglaterra desde North Wall por asuntos de la Legión, se acostaba sobre la cubierta para descansar lo estrictamente necesario para poder continuar. "Seguir adelante" era el grito de guerra, por lo demás nunca articulado. Era casi imposible que se metiera en la cama aun cuando estuviera seriamente enfermo. Yo recuerdo que estuve con él una vez en una reunión - cuando ya estaba bien adentrado en sus 80 años- y él aguantó las 3 horas largas de la reunión, a pesar de habersele practicado poco antes una operación nasal para quitarle una pequeña acrecencia. El nombre de Legión de María no había surgido como por ensalmo. Para él significaba la respuesta espontánea y rápida del soldado al cumplimiento del deber, aun cuando hubiese sido herido, incluso mortalmente. Había en todo ello un matiz del ascetismo del viejo espíritu céltico de los antiguos monjes irlandeses. Adomnan, escribiendo sobre la muerte de Columcille en Iona, dice: "Entonces, cuando la campana tocó para el oficio de la medianoche, él se levantó rápidamente y se fue a la iglesia a donde llegó solo, antes que los demás, y,

arrodillándose en el suelo, delante del altar, oraba. Diormuit, su criado, lo siguió, y toda la comunidad de los monjes entró de prisa con luces. Cuando advirtieron que su padre estaba agonizando, comenzaron a llorar. Entonces Diormuit levantó la sagrada mano derecha del santo para bendecir a los monjes. Al mismo tiempo, el venerable padre movió él mismo su mano tanto cuanto pudo, e inmediatamente después de darles su bendición, expiró".

Pienso que Frank Duff habría aprobado todo esto incondicionalmente.

Pocos años antes de su muerte, había iniciado y estimulado un movimiento llamado "Incolae Mariae", cuya realización más famosa ha sido una misión a Islandia. Los "incolae" son apóstoles seculares que, dejando voluntariamente sus casas, van a trabajar a un país extranjero donde es necesario un movimiento de evangelización. Él estaba persuadido de que países como Rusia y China podrían ser atraídos a la luz de la fe por este medio, y se sirvió de todos los recursos a su alcance para conseguir el milagro.

No obstante, el resultado más tangible de su "radicalismo" tuvo lugar en su propio país, en Inglaterra, en Europa y en América. Una vez, le oí lamentar el hecho de que tantos

irlandeses tan ricos en la fe no sintieran la obligación de hacer algo con ella. El "mutismo", así llamaba él al silencio en la fe, era un blanco preferido. Por supuesto, todos saben ahora que los cristianos no se deben limitar a ser únicamente testigos de Cristo con sus vidas. Deben también predicar el evangelio de palabra. El Vaticano II no deja lugar a dudas al respecto. Pero cuando la Legión comenzó, las cosas eran muy diferentes. En el seno de las asociaciones del apostolado secolar organizado se consideraba impropio mostrar interés en fortalecer la fe, o llevar la fe, al prójimo. Era algo que "no se hacía". Todo ello no era más que una especie de resaca del pensamiento liberal del siglo XIX, que afectó a todos, incluidos los sacerdotes. Frank Duff, por medio de la Legión, llevó su hacha a la raíz de aquel leño seco. El Concilio Vaticano II puso el sello formal de su aprobación al derrumbamiento.

Aquél era su lado radical. Pero allí estaba también el hombre práctico que confiaba en el experimento y que creía, con el hombre de la novela -de John Buchan, que todo problema puede ser afrontado si se le divide en 39 partes. De hecho, cita esta figura de la novela en el Manual; "Algunas veces", solía decir, "tú sigues una línea determinada, un camino concreto, y de repente te encuentras con una pared. En

ese caso debes bordearla. Pero supongamos que no puedes. Entonces debes dar la vuelta y comenzar de nuevo otra vez". El no temía comenzar las cosas en falso. Una vez que, con el mayor cuidado, se había preparado un trabajo, disfrutaba entonces del intento de acometer lo que tenía visos de imposible. Después de todo, era dar a la providencia divina, y a la maternidad de María, la ocasión de honrar la completa confianza que había depositado en ellas.

"Deben darse 3 elementos en todo trabajo espiritual meritorio", dijo en cierta ocasión, "oración, trabajo y sufrimiento". Él tenía una amplia experiencia de los 3. Su paciencia en esperar lo imposible era sencillamente extraordinaria, sobre todo cuando se trataba de llevar la luz de la fe a las gentes. Mantuvo una amistad a lo largo de más de 50 años con un neófito, un colega de sus primeros años en el departamento de Finanzas, y ejerciendo una suave persuasión logró traerle al redil sólo unos meses antes de su propia muerte.

Su correspondencia era enorme y a veces con gente con la que menos se podía pensar: un estadista, que se declaraba ateo, pensaba que podría conseguir la fe por medio de él; un aristócrata o figura de la alta sociedad, cuya vida no era todo lo ejemplar que se podría desear. Todo servía

de molinero para su molino. En todos los casos se cumplía una condición esencial: cada cosa que se haga debe suponer un paso hacia delante, no importa a qué distancia, en acercar un alma a Dios.

Empleaba muchas horas cada día en la correspondencia y en escribir. Cada línea que escribía, cada palabra, era uno o más de los 39 peldaños hacia la conversión del mundo. Sus cartas llegaban a todas partes del orbe. Obispos, prelados, intelectuales y gentes sencillas acudían a él o le escribían para pedir consejo sobre sus problemas. Nadie fue jamás desatendido. Nunca dejó una carta sin contestar. Aquello era una forma de esclavitud, por supuesto. No obstante, la esclavitud, a pesar de figurar tanto en la terminología de De Montfort, era una palabra que no acostumbraba a usar. A quienes no les iba les solía decir: "Déjalo. Es el espíritu de tu consagración lo que importa". Su sentido del humor llegaba a tocar su propia esclavitud. Comentaba él una vez: "Los obispos dicen que la Legión es algo maravilloso. Mírala, dicen, se ha extendido por todo el mundo. Para mí (riéndose), lo que significa es nada más que una dichosa cosa tras otra!".

Su disponibilidad era extraordinaria. Cierta día, una señora deseaba consultarle un problema personal, y como sólo estaba



aquel día en la ciudad, y con apuros, me brindé a llamarle y pedirle que la recibiera. Su respuesta no se hizo esperar: "Tráigala a cualquier hora. Estaré disponible todo el día".

Sentía una ternura especial por los enfermos mentales y por todos aquellos que padecían ansiedades agudas o fobias de cualquier tipo.

Él les buscaba para ayudarles. Con la ayuda, por supuesto, de la oración y la intercesión de Nuestra Señora, estaba firmemente persuadido de la supremacía de la razón y de la voluntad sobre el miedo exagerado. Y el tratamiento consistía, aparte de la confianza que inspiraba su simpatía y comprensión, en una llamada a la razón y al sentido comúnazonada con ejemplos sencillos. Muchos de los que se acercaron a verle muy probablemente evitaron el trauma de la hospitalización gracias a su ayuda.

Sobre este aspecto tangencial de sus actividades principales, yo, paúl, recuerdo naturalmente la solicitud de san Vicente por los enfermos mentales. San Vicente nunca hubiera aceptado la donación del monasterio de San Lázaro (demasiado grande), a no ser porque los canónigos regulares que lo poseían daban refugio a algo así como una docena de personas mentalmente afligidas y

sin recursos, que vivían en sus terrenos. Esta solicitud en orden a los enfermos mentales no era la única semejanza, radicada en el corazón y en la mente, que pude observar entre Frank Duff y Vicente de Paúl.

Ambos fueron pragmáticos, en el mejor de los sentidos. Las asociaciones de caridad, de las que después nacería la vasta organización de las Hermanas de la Caridad, comenzaron tan simple y naturalmente como la Legión. Cuando Vicente era párroco de Chateau Les Dombes, se encontró con una familia pobre, enferma y desamparada que literalmente se moría de hambre. En su sermón del domingo habló a los feligreses sobre la urgencia de ayudada. Aquella tarde casi se produjo un embotellamiento con la ayuda y todas las cosas que fluyeron a raudales. Vicente, como Frank Duff, era hombre que no dejaba escapar la ocasión. Tanta buena voluntad y caridad debían ser organizadas y puestas al mejor servicio. Redactó una constitución sencilla con unas normas muy simples. En muy poco tiempo, las Caridades se habían extendido por toda Francia. Su paralelismo con el desarrollo de la Legión me ha dado que pensar en muchas ocasiones. El gran regalo de Frank Duff a la Iglesia fue el descubrir, de manera parecida, la fuerza de la fe de los católicos más

corrientes y canalizada hasta convertida en un apostolado gigantesco.

## **7**

### **Continúa el examen microscópico**

En el capítulo anterior nos propusimos realizar un examen microscópico del carácter y de la espiritualidad de Frank Duff. Un crítico podría decir con cierta justicia: "Todo lo que usted ha hecho es presentarnos a un hombre devorado por la actividad en favor del reino de Dios; ¿no podría usted, por lo menos, echar una ojeada por el interior de ese autómatas apostólico?". Lo intentaré.

Recuerdo haberle oído decir que la cualidad básica que Dios busca en un apóstol es el deseo de ser usado. Este pensamiento encierra una profunda verdad. Es un deber para el apóstol estar abierto a la acción del Espíritu Santo. Mas los apóstoles, como los doctores, se diferencian unos de otros. Los hombres poseen carismas diferentes en orden al apostolado. Cada uno da solamente en la medida que ha recibido. Frank Duff era un hombre de variados talentos. Pero primero, y por encima de todo, era un hombre de acción, un organizador, un administrador. No era un contemplativo tal como nosotros lo entendemos ordinariamente. Por su natural, estaba inclinado a ver las cosas realizadas. Si los campos blanqueaban y estaban listos para la

cosecha, él no se detenía a contemplarlos o a poetizar sobre ellos. El se iba, por así decirlo, a la puerta de la Bolsa de Trabajo buscando hombres para empuñar la hoz.

La devoción de De Montfort fue, según sus propias palabras, el clima espiritual en el que vivió y se movió. Pero este molde de De Montfort para la santificación, cuando lo descubrió Frank Duff, todavía miraba hacia adentro, era una especie de escuela selecta de perfección para un cristianismo individualista. Ciertamente, Luis de Montfort había evangelizado el noroeste de Francia, y en su trabajo de evangelización la Consagración ocupaba un lugar parecido al de la renovación de las promesas bautismales en la tradicional misión parroquial. La historia le presenta plantando la semilla del evangelio de tal modo que, un siglo después de su muerte, en el holocausto de la revolución francesa, miles murieron mártires por la fe en La Vendée. Pero De Montfort no dejó una organización que transmitiese su doctrina espiritual a nivel popular. Esta devoción encerrada en el corazón de unos practicantes callados nunca podría irrumpir como una fuerza misionera de alcance mundial.

Bajo mi punto de vista, Frank Duff contribuyó a la historia de la espiritualidad, y a la de la Iglesia, al descubrir, centrar y

lanzar, mediante la Legión de María, el dinamismo misionero latente en la Verdadera Devoción. Este lanzamiento reflejaba con fuerza a la Iglesia de su tiempo y a su propio trasfondo y pensamiento psicológico y espiritual. El resultado final fue, ante todo, más acción que contemplación. La orientación era "interna-externa", pero en último caso siempre con tendencia a la acción. ¡Cuántas veces se nos advirtió contra el peligro de la charlatanería en el apostolado! Sin ánimo de caer en la frivolidad, podríamos decir que transformó la escuela de De Montfort, y aún más, la doctrina del Cuerpo Místico, en algo comparable a una entidad o departamento gubernamental que funcionara eficientemente -el departamento de Apostolado Seglar-.

En este departamento, básicamente el praesidium de la Legión, había poca cabida para experiencias místicas. Toda acción debe estar, por supuesto, firmemente asentada en la oración, como muy bien sabe todo el que asiste a una junta de la Legión. Pero el viejo adagio "trabajar es orar" está ante los ojos de los legionarios de igual modo que la alianza lo estaba ante los ojos de los israelitas. Los hombres deben amar a Dios, ciertamente, pero deben amarle con el sudor de su frente.

En un estudio reciente, Donald Nicholl, profesor de historia y estudios religiosos en Santa Cruz, California, pone la esencia de la santidad en la alegría del propio sacrificio. Edel Quinn estaría de acuerdo: ella dio su vida por ese ideal. Frank Duff también lo ratificaría. Pero ambos, Edel y Frank, hubieran añadido algo al hallazgo del profesor Nicholl, algo que se encuentra en el primer capítulo del evangelio de san Lucas.

En la anunciación del Señor, cuando la Virgen María consintió en ser Madre de Dios y Madre de los hombres, su consentimiento no fue un mero asentimiento. Vista a la luz del Magníficat, su respuesta supone una aceptación plena y llena de alegría de su papel en el plan divino de nuestra redención, con todo el sufrimiento y donación de sí misma que conllevaba su elección. En aquel momento María lo dio todo; no se reservó nada. Pero, y esto es importante, María dijo sí al plan divino de nuestra redención, no sólo por sí misma, sino por todos nosotros. Por medio de la consagración de De Montfort, el cristiano se esfuerza en adentrarse más y más en aquel primer "fiat", en aquella aceptación. Por eso la consagración exige la "alienación" de todas las cosas "por el reino", llegando incluso, en lo posible, al sacrificio del poder impetratorio de las oraciones y acciones meritorias del practicante. La esencia de la

consagración "consiste en darnos enteramente a la Virgen Santísima en calidad de esclavos a fin de pertenecer completamente a Jesucristo y, como paso siguiente, en hacer todas nuestras acciones con María, en María, por María y para María, a fin de hacerlas más perfectamente con Jesús, en Jesús, por Jesús y para Jesús, nuestro último fin". El sacrificio no puede ser más completo. Ninguna orden religiosa exigiría tanto. Si nos maravilla que la entrega de legionarios como Edel Quinn y Alfie Lambe y Frank Duff casi rebasó los límites de la capacidad humana, los que conocen El secreto de María saben cuál fue la razón.



## **8**

### **Conversador extraordinario**

He resaltado más de una vez en este escrito la semejanza de carácter y de métodos entre Frank Duff y san Vicente de Paúl. Una de las grandes contribuciones de san Vicente a la Iglesia fue la de la comunicación, la comunicación de las verdades de la fe. San Vicente entendía que la clave de los terribles problemas que afectaban a los clérigos y a los laicos de su tiempo en Francia se resumía en una palabra, "formación". La forma de predicación en uso en aquel tiempo, avalada por fieles obedientes a la moda, era retórica, ampulosa y, a la postre, vacía. Para contrarrestar este mal, él mismo usó, y enseñó a otros a usar, un tipo de predicación casi conversacional, tendiente a la sencillez familiar. El "pequeño sistema" abordaba el tratamiento de cualquier tema, ordenándolo bajo el triple aspecto de motivos, naturaleza y medios. Este nuevo estilo de formación simplificada revolucionó la predicación en Francia.

Difícilmente se podrá decir que Frank Duff revolucionara la predicación en Irlanda. Pero poseía una extraordinaria facultad para comunicar las verdades de la fe. El y su Legión dieron una visión de la fe a muchos

que, sin él, nunca habrían podido alcanzar. Él exponía doctrinas que parecían hasta entonces inaccesibles, al menos para el seglar ordinario, de una manera tan sencilla que podían ser comprendidas por todos. Un ejemplo de ello fue la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo. Yo recuerdo a un buen sacerdote, un inteligente y santo varón, que quedó un tanto escandalizado ante la idea de que un grupo de Patricios tratara este tema. En sus charlas, y a través del Manual, Frank Duff no sólo enseñaba esa doctrina, sino que la presentaba de forma que se pudiera llevar luego fácilmente a la práctica.

Su poder de comunicación era extraordinario y en algunos aspectos suscitaba cierta perplejidad. Yo le dije una vez: "Sr. Duff, usted rompe todas las reglas del estilo y, a pesar de todo, triunfa". Yo me estaba refiriendo a la algo monótona inflexión de la voz y a la falta ocasional de precisión en el uso de las palabras. Pero lo que le importaba era el evangelio, no el estilo, ni la oratoria. Escribía y hablaba para una audiencia popular. Él entendía su lenguaje, y ellos el suyo. Cuando alguien ponía reparos a algunas palabras más complejas del Manual, su respuesta invariable era: "allí no hay palabras que no se encuentren en la prensa diaria".

Sin embargo, cuando surgía la ocasión -una carta a un diplomático, o al Secretario de Estado de la Santa Sede-, ningún funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores sabría escribir con un estilo tan preciso y depurado. Había otras armas en su arsenal. Preparaba cuidadosa y concienzudamente cualquier tema sobre el que tenía que hablar o escribir. Era un maestro de la imagen familiar, tomada de la vida cotidiana. Tenía no sólo el poder de conectar con su auditorio, sino el arte de introducir las enseñanzas del evangelio dentro de cualquier situación particular que estuviera tratando. Su voz algo cansina se prolongaría como un zumbido; su auditorio reprimiría un suspiro mientras él pasaba hoja tras hoja de sus notas de un bolsillo de su chaqueta al otro; pero de lo que no cabía duda alguna era del efecto final conseguido. Tenía el poder, no sólo de informar, sino de mover, y de mover a la acción.

## 9

### **Su senda hacia Dios**

Aparte de la singular escuela de espiritualidad que él siguió, y su apostolado "externo", ¿pensaban acaso los que trataron muy de cerca a Frank Duff que era un hombre muy santo? Recuerdo haber preguntado al padre Donnchadh O'Floinn qué opinaba de su santidad. Su respuesta, tras una ligera vacilación, quedó grabada en mi mente. Con la precisión de un sabio, el padre Donnchadh me respondió: "Posee reservas espirituales extraordinarias". En una ocasión posterior, presenté al propio Frank Duff la misma cuestión, pero refiriéndome a una tercera persona. Su respuesta fue un encogerse de hombros, y "¿qué se entiende por santo?". Ambos hombres, por su preparación y conocimientos, no podían dar una respuesta fácil. Sin duda la congregación que interviene en las canonizaciones habrá de plantearse esa misma pregunta con relativa frecuencia. Porque al final de la jornada cada hombre emprende su propia senda hacia Dios.

De cualquier forma, yo creo que el pueblo de Dios tiene una especie de "sexto sentido" sobre la santidad. Cualquiera que haya estado en Dublín durante la semana del 7 al

14 de noviembre de 1980, habrá visto cómo la gente de Dublín tenía la conciencia de que se les había ido un gran hombre, y un buen hombre. Lo que dijo el padre Donnchadh O'Floinn de reservas espirituales extraordinarias, podía haber sido una cauta insinuación sobre algo que ninguno de los que rodeaban a Frank Duff llegaron a comprender del todo. En muchos aspectos, la vida de Frank Duff fue la de un cristiano excepcionalmente bueno, pero extrovertido; un hombre de acción de quien un observador superficial podría opinar que todo era extraordinario. Nuevamente surge el paralelismo con Vicente de Paúl. Pero tal vez hubo un área en su vida interior a la que nadie jamás tuvo acceso. ¿Tuvo el eficiente maestro del apostolado seglar una vida mística oculta, de la que los próximos a él jamás sospecharon? ¿Fue él, en otras palabras, lo que la hermana Burrows, una carmelita de hoy, llama un místico "inconsciente" o de "luz apagada"? Es imposible decirlo. No tengo la más mínima sombra de duda de que los que vivieron a su lado percibieron su santidad. Yo tuve la sensación de ello, de forma bastante acusada, en algunas de nuestras primeras reuniones. Él me tenía presente ante él. Me dedicaba su completa atención. Y, sin embargo, daba la impresión de que algo en él -una expresión de sus ojos- delataba una vida interior que trascendía la conversación

en que nos hallábamos enfrascados. Sea ello lo que fuere, yo sólo doy fe de lo que pude observar.

Su temor a las experiencias de los altos estados místicos le empujaba hacia el camino ordinario en la práctica de la oración. Aparte de la misa diaria en la calle Church (algunas veces oía dos misas), pasaba todas las tardes una media hora ante el Santísimo. Durante ese tiempo, o parte de él, rezaba el rosario de Nuestra Señora de los Dolores. Acostumbraba a rezar cada día, como mínimo, los 5 misterios. Estos, en cualquier caso, los rezaba en todas las juntas de la Legión a las que asistía. Algunas veces, en las raras ocasiones en que estaba libre de compromisos, se le podía ver sentado en la sala delantera de la planta baja de su casa aparentemente sumido en meditación.

Su devoción al oficio divino puede decirse que era algo fuera de lo normal. Desde que comenzó la práctica en 1917, parece ser que sólo la omitió 2 días, yeso por absoluta incapacidad física de poder hacer la lectura. Usaba un viejo breviario latino, el primero que adquirió en Gills, en 1917.

Realizó un esfuerzo enorme para conseguir que los legionarios rezaran el oficio de la Iglesia. Los hermanos del albergue de

"Morning Star" lo rezan en común. El Manual lo prescribe, junto con la misa diaria, para cierto grado de socios. La devoción a la oración oficial de la Iglesia parece haber sido una expresión más del intenso aprecio que le merecía la doctrina del Cuerpo Místico. Para él, el breviario era la oración del Cristo total, la oración de la Iglesia.

Tenía un sentido profundo de lo eclesial. Lo demostraba en una esclarecida veneración hacia el sacerdocio, así como en su interés por la unidad de la Iglesia local en la persona de su obispo. Jamás faltó a la misa crismal de la pro-Catedral el Jueves Santo. En este contexto, uno recuerda el dicho de los liturgistas de que un sentido real de pertenencia a la Iglesia, a través de la unión con el sucesor de los apóstoles, exige que todo católico asista a dicha misa, al menos una vez en la vida.

Por lo demás, solamente podemos suponer que él gozaba de los frutos de la contemplación adquirida, o de la oración de simplicidad. Recuerdo que una vez me dijo, con motivo del énfasis que yo hacía sobre la importancia de la meditación durante los misterios del rosario: "Algunas veces, a la noche, cuando estoy cansado y rezo el rosario, no pienso en nada". Pero la oración de las almas más próximas a Dios trasciende el pensamiento, o, al menos, el

pensamiento consciente. La meditación discursiva es, a lo más, sólo un medio por el que el alma se eleva a la oración de contemplación.

He mencionado su simplicidad. Esta preocupación por "la sola cosa necesaria" se manifestó lógicamente en el desprendimiento. Su espíritu de pobreza era delicado y perceptible, pero discreto. Las señales más claras se veían en los trajes muy usados, algunas veces con visibles remiendos; en el uso de una chaqueta de material y color diferente a los pantalones o al chaleco; en la vieja gorra y el gastado chubasquero; todo ello combinado con una casi obsesión por su limpieza personal.

Cuando volví de su prolongada estancia en Navan, en 1964, habiendo pasado allí la convalecencia de una enfermedad, yo noté que vestía un traje mucho mejor que el acostumbrado. Pienso que le había persuadido su hermana, la doctora Geraldine Monahan, para que aceptase uno de su marido, el doctor Monahan. Aunque tenía un gran cariño a su hermana y a su cuñado, y los visitaba a menudo, no se dejaba convencer para que cambiara su forma de vida en materia de vestir. En los años en que trabajaba para la Administración pública, se hizo cliente de un sastre de moda de la calle Grafton; pero



cuando su hermana, años más tarde, adelantó una buena cantidad de dinero a los sastres para que le confeccionasen la ropa, el antiguo cliente nunca apareció para que le tomaran las medidas.

Su comida era buena, pero sencilla. Tomaba un buen desayuno y una comida abundante a mediodía. Yo nunca vi carne a la hora de la cena en "Regina Coeli", excepto en una ocasión en la que, según recuerdo, me ofrecieron huevos con tocino. Pero en esto, como en otras cuestiones, ponía la atención en los demás por encima de todo.

En el camino hacia Glenstall Abbey, con motivo de un congreso ecuménico, nos convidó a mí y a un compañero a comer. Tomó la carta del menú y, riéndose, dijo: "Hoy no nos preocupemos por los gastos". Creo que su propia selección fue pato a la naranja. No pude por menos que pensar en santa Teresa y la novicia que se escandalizó al ver a la gran fundadora y mística, no sólo comiendo perdiz en un viaje, sino disfrutando de ello. Más tarde, cuando llegamos a Glenstal, me quedé algo desconcertado al enterarme de que Frank Duff se alojaría en el monasterio durante el congreso, mientras que mi compañero, John MacNamara, y yo, estábamos hospedados en uno de los mejores hoteles de Limerick. Se me ocurrió que él intuía que yo no iba a

encontrarme particularmente a gusto en el monasterio. Y, todo hay que decirlo, acertó.

Una lección de pobreza que yo aprendí de él y desde entonces siempre he tenido presente, fue su economía en el uso del papel; ponía especial cuidado en esto. Aprovechaba para apuntes y notas, trozos que antes no dudaba en destinar a la papelería. También, la cartera que usaba Frank Duff sorprendía a muchos en la calle Dame. Era negra y evidentemente se conservaba con la ayuda de algún adhesivo. Pero hacía su servicio, y no era cuestión por tanto de desecharla.

Nunca se permitió el menor despilfarro en el uso de los bienes de la Legión. Demostraba un talento agudo en asuntos de orden económico, como correspondía a un hombre que había ocupado un alto cargo en el departamento de Finanzas. En algunas ocasiones, su línea económica pudiera resultar algo gravosa, particularmente para las socias femeninas. Yo recuerdo que por bastante tiempo les fue denegado un frigorífico para la cocina adjunta a las oficinas del Concilium, porque él no lo consideraba estrictamente necesario. Ellas tenían que preparar la comida a un buen número de personas, sobre todo en los días que se reunía el Concilium. Pienso que, en este caso, él posiblemente se equivocaba

por exceso de austeridad. Quizá quiso ser algo duro en este aspecto con objeto de conservar el ideal delante de nosotros, pues nunca dio muestras del menor indicio de mezquindad en su manera de ser. Cuando era necesario, autorizaba, no sólo de forma razonable sino generosamente, el gasto de los limitados fondos a nuestra disposición, en concepto de préstamos, gastos de envíos u otras necesidades, como la peregrinatio.

No obstante, el espíritu de pobreza fue uno de sus legados a la Legión. Los visitantes al Concilium algunas veces se sorprenden ante la sencillez e incluso pobreza de los edificios, mobiliario y enseres. Las oficinas del Concilium, montadas entre "Regina Coeli" y "Morning Star", son toda una callada lección que acaso asimilen silenciosamente, no sólo los legionarios, sino los visitantes, cuya vida discurrirá posiblemente en medios bien diferentes.

Frank Duff, siendo aún bastante joven, dio muestras de haber desechado todo interés por la prosperidad material de su vida. Poseemos el testimonio escrito del primer Presidente del Consejo Ejecutivo, señor W. T. Cosgrave, afirmando que Frank Duff, como alto oficial del departamento de Finanzas, fue depositario de la confianza y de la estima de su jefe. Su nombramiento como secretario personal de Michael Collins,

aunque estuvo poco tiempo en el cargo, demuestra el aprecio en que era tenido a nivel gubernamental. Esto acaso sea más significativo, habida cuenta de que él no tomó parte activa en la lucha por la independencia.

Diarmuid O'Hegarty, uno de los principales ayudantes de Collins, fue socio de la misma conferencia de la asociación de san Vicente que Frank Duff y con cierta frecuencia volvían juntos andando a casa después de la reunión. Diarmuid estaba metido de lleno en el movimiento independentista; pero resulta extraño que nunca intentara reclutar a Frank Duff. Esto revela algo sobre ambos hombres. La habilidad de O'Hegarty era tal que más tarde llegaría a secretario del gobierno, donde era generalmente conocido como su eminencia gris. Astuto y de gran sentido común, sin duda había estudiado a su compañero, y entendió que el servicio de Frank Duff a Irlanda y a la humanidad iba por otros derroteros bien diferentes a los suyos.

## **10**

### **Totus tuus**

Volvamos a su santidad. Como he dicho, dio toda clase de pruebas de ser lo que el antiguo catecismo llamaba cristiano "fuerte". La fortaleza, uno de los dones del Espíritu Santo, se prueba en el vencimiento del miedo. Frank Duff conoció el miedo, como lo demuestran sus palabras y sus escritos. Algunos eclesiásticos, indudablemente santos y celosos, no miraban con muy buenos ojos a la Legión en sus comienzos, y creían tener sus buenas razones para desconfiar. Frank Duff me dijo en una ocasión que antes de que la Legión recibiera la aprobación oficial de la Iglesia vivía bajo la sombra del miedo. Él defendía lo que estaba convencido era un bien. Si esto suponía un doloroso dilema para un cristiano, doblemente lo era para uno que sólo aspiraba en la vida a ser un miembro fiel de la Iglesia, a la que se disponía a servir hasta la última gota de su sangre. Pero él venció su miedo, persistió en su empeño y dio a la Iglesia la Legión de María.

Todo esto podría oscurecer un poco una más admirable y fundamental virtud, su humildad. La mejor prueba que puedo aportar sobre ella es una carta que escribió a una monja carmelita que le había escrito

rogándole que escribiese su autobiografía como santa Teresa de Lisieux o la gran santa Teresa. Aducía un argumento persuasivo al indicarle que la "autobiografía" sería de gran ayuda al apostolado seglar. La respuesta a "su asombrosa sugerencia de que yo debiera escribir mi autobiografía", es muy reveladora.

"Estoy seguro de que usted se sorprenderá al saber que jamás en mi vida se me había ocurrido semejante proyecto. En primer lugar, mi mente reaccionaría totalmente contra él. Reconozco que Dios se sirvió de mí para cosas ciertamente importantes, pero el saber esto me ha producido un gran temor de que pudiera sentirme orgulloso de lo que ha sucedido. El castigo por ello podría ser perder aquellas gracias. Así que por mucho tiempo me he esforzado en mantenerme vigilante contra toda suerte de satisfacciones personales que se pudieran derivar de esas cosas a las que me refiero".

Por lo que respecta a las "dos grandes Teresas", su opinión era que en ningún momento habrían emprendido tal tarea de no haber sido por obediencia. Y prosigue: "Ahora, por lo que a mí se refiere, no sólo es algo que no me agrada, sino que, además, no veo que tuviera nunca la ocasión de hacerlo. Mi trabajo diario es tan abrumador que no me deja tiempo para nada más. No

llevo vida social en absoluto, y puedo decir con toda verdad que a duras penas tengo un momento para relajarme. No sólo es el hecho de que estas ocupaciones me tengan totalmente atado, sino que ellas son importantes en sí mismas y considero que debo atenderlas con prioridad".

La mansedumbre era una virtud que él poseía en no pequeña medida. Para quienes le conocieron, ésta pudiera ser una afirmación peregrina. Después de todo, ¿no corrió detrás de unos individuos que le agredieron unos años antes de su muerte, blandiendo un palo? Podía a veces llegar a acalorarse en una discusión y si se trataba de defender los intereses de la Legión era capaz de reprender severamente. Con todo, la virtud de la mansedumbre matizaba su fortaleza. Una vez, en los primeros días, sirviendo té caliente a los inquilinos de "Morning Star", uno de ellos se lo arrojó materialmente a la cara. Él sonrió tranquilamente y siguió ofreciéndolo al siguiente, que lo aceptó de mejor grado.

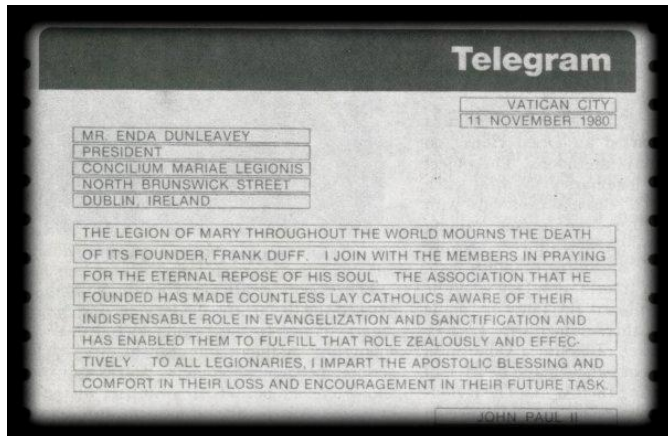
En mis primeros encuentros con él me hacía a mí mismo la ingenua pregunta de si llevaría una cadena como Matt Talbot. Era una práctica exterior de la Verdadera Devoción, pero no un requisito esencial a la misma. Años más tarde, no consta ciertamente que la llevara. Sin embargo, me

dijo una vez que en sus años jóvenes se bañaba con agua muy fría y que lo hacía por mortificación. Pero no parece que favoreciera actos extraordinarios de penitencia. Lough Derg merecía su completa aprobación y sentía una especial devoción a san Patricio y a los santos irlandeses; pero, así y todo, recuerdo que en cierta ocasión intentó disuadirme cuando yo intentaba unirme a una peregrinación. En general, lo "raro" en la espiritualidad no le atraía. Una vez le oí hablar de los peligros de las devociones "raras". Con esto se refería a una persona, de piedad sólida, que tenía la costumbre de encender lamparillas a las imágenes. Su temor estribaba en que tal afición podría tener un efecto contraproducente en la gente y a restringir la sana influencia que cada hombre puede tener sobre otros. Una vez más, su mirada seguía puesta en la propagación del evangelio. Nada debería obstaculizar tal objetivo.



## 11 Recta final

Su Santidad Juan Pablo II envió un telegrama de condolencia al presidente del Concilium con motivo de la muerte de Frank Duff, un mensaje que, incidentalmente, suponía la excepcional distinción de estar firmado personalmente, en el que decía: "la asociación por él fundada ha despertado en los católicos seculares la necesidad indispensable de la evangelización y santificación, y, a través de esta asociación, los católicos han aprendido a ser apóstoles efectivos y celosos".



Este telegrama del Santo Padre autentica el logro de la vida y obra de Frank Duff.

Hace muchos años se publicó un libro en los Estados Unidos en el que aparecía, más o menos exacta, la siguiente afirmación: "Tú llegas a ser apóstol en el momento en que comprendes que nada es más importante en la vida que la salvación de las almas, y ordenas tu vida en conformidad con este principio".

El libro era el resultado de un trabajo en equipo de dos hombres. Uno era el conocido sacerdote y conferenciante padre Francis Ripley, y el otro, F. Mitchell, uno de los pseudónimos de Frank Duff. Aquella sentencia, en mi opinión, contiene el principio fundamental de todo lo que pensó, de todo lo que dijo y de todo lo que realizó.

En la Constitución sobre la Sagrada Liturgia, el Vaticano II dice lo siguiente: "La liturgia es la cumbre hacia la cual tiende la actividad de la Iglesia y, al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan, alaben a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor". Tal era el sueño de Frank Duff: llevar a todos los hombres a la celebración de la eucaristía. En verdad, yo nunca conocí a nadie que profesara tanta devoción a la eucaristía.

Allá por el comienzo de los años 60, sufrió un ataque de hemorragia cerebral. Estuvo enfermo algunos meses y cuando comenzó la convalecencia me escribió para acusar recibo de una carta de aliento que yo le había escrito. El pensamiento central de su carta, no obstante, no era su enfermedad, sino el extraordinario privilegio que había tenido de recibir la comunión dos veces en el mismo día. La excepción en su caso se debía al hecho de que él no se acordaba si había comulgado por la mañana del día en que había caído enfermo; aunque así era en efecto. La segunda comunión le fue administrada en forma de viático. Quiso ver en esto una delicada atención de la divina providencia. Algunos años atrás, había perdido una vez la comunión por haber quebrantado involuntariamente el ayuno de la medianoche. Él quiso advertir, en la comunión recibida por segunda vez el día en que cayó enfermo, una compensación de la providencia por la comunión perdida.

Hubo momentos muy importantes en su vida, pero entre los más señalados destaca la celebración de las bodas de oro de la Legión, al aire libre, en un campo próximo a la casa central de la Legión. Aunque el tiempo hasta la tarde del día anterior había estado nublado y húmedo, el día de la celebración fue uno de esos días, tan raros en Irlanda, de cielo azul y sol esplendoroso.

La celebración había sido preparada con gran cuidado y esmero. Se trataba de una celebración mundial, como convenía a una asociación internacional; pero con una diferencia: cada diócesis tuvo su propia celebración. La de Dublín, como todas las demás, fue estrictamente diocesana y sólo para legionarios. No hubo representaciones oficiales, a excepción de unos cuantos cargos de la Eastern Health Board (Junta de Sanidad del Este) que estaban íntimamente relacionados con "Regina Coeli" y "Morning Star". El arzobispo de Dublín, Dr. McQuaid, que conocía la Legión perfectamente desde los primeros tiempos, predicó un sermón memorable. El Nuncio de Su Santidad, Excmo. Gaetano Alibrandi, un viejo y estimado amigo de Frank Duff y de la Legión, fue el concelebrante principal en la misa. Fue un acontecimiento íntegramente legionario, que permanecerá siempre fresco en la memoria de los que tuvieron la suerte de presenciarlo. Quienes acompañaron al arzobispo en la peregrinación de Dublín a Lourdes, que partía casi inmediatamente después, dijeron que en medio del impresionante entorno y ceremonias de Lourdes, los pensamientos y palabras de Su Excelencia volvían una y otra vez a la celebración de la Legión. Estaba impresionado.

A todo esto, ¿qué había sido del hombre que se había mezclado casi anónimamente con la muchedumbre, y que, sin embargo, debía haber sido el centro de todo? El comentó muy poco sobre la ceremonia. Pero sí observó una cosa y a ella se refería una y otra vez.

Durante la preparación del rito sagrado, el padre Houlihan, maestro de ceremonias del arzobispo, previendo que después de la comunión podrían sobrar formas consagradas, se preocupaba por encontrar un lugar apropiado donde colocar provisionalmente un sagrario para poder dejar los copones. La casa de Frank Duff, que estaba próxima al campo donde tendrían lugar los actos, se presentaba como el sitio más próximo e idóneo.

Ninguno de nosotros se puso a pensar mucho más sobre el tema, fuera de ver en él la solución al sencillo problema de reservar el Santísimo Sacramento. No así Frank Duff. Él habló más de una vez, con evidente emoción, del honor que Nuestro Señor había tenido para con él, al hacerle una visita personal a su casa en aquel día, el de las bodas de oro de la Legión.

Y ¿qué queda por decir, al final de todo? Se ha dicho de él que fue el católico más grande del siglo. También que fue un gran

irlandés. Aunque jamás presumía de ello, el amor a su patria lo llevaba en lo profundo de su alma. Su abuelo recogía la contribución católica para O'Connell. Los fundadores del estado le distinguían con su confianza. La fundación "An Réalt", un movimiento dentro de la Legión para la promoción de la lengua irlandesa y fomento de la cultura autóctona, le proporcionó una profunda satisfacción. Uno de sus últimos esfuerzos se ordenó a la impresión y publicación del Manual en su lengua nativa. Pocos pueblos quedan en Irlanda que él no haya visitado con su fiel bicicleta.

También, pocos irlandeses han tenido un conocimiento de la topografía de su país como él. Constituía un placer para cualquier amante del paisaje irlandés oírle comentar los cientos y cientos de maravillosas fotografías en color sacadas por él con una perfección casi profesional. Igualmente, en medio de sus trabajos apostólicos jamás perdió de vista aquello que pudiera suponer un interés verdadero para el pueblo irlandés. Recuerdo haberle oído decir que, siendo un joven funcionario, envidiaba a los ingleses que habían sido destacados a diversos puntos del imperio británico, por la riqueza de la experiencia que podían llevar a su patria. Él tenía la esperanza de que el movimiento de la Legión pudiera beneficiar de un modo semejante a su propio país.

Para él, una nación era lo que eran sus habitantes. Los gobiernos podrían legislar; los economistas podrían hacer proyectos impresionantes, pero todo sería inútil en tanto el hombre y la mujer de la calle no cooperasen. Para él, la solución última de todos los problemas estribaba en introducir la doctrina del Cuerpo Místico en todas las manifestaciones de la vida social, económica y política. Que no se trataba de un simple sueño, lo probó exponiendo la idea con todo detalle en un pequeño libro, que dio origen a un movimiento. El lo llamó Verdadera Devoción a la Nación. En los pocos sitios donde con toda seriedad se aplicaron las ideas de este libro, se logró más de lo que se esperaba. No es de extrañar. Después de todo, Chesterton siempre nos está recordando que el cristianismo no ha fracasado; lo que pasa es qué ni se ha intentado propagarlo.

La ciudad y el país que él había amado parecían sentir este amor por Irlanda y sus gentes en los días siguientes a su muerte. La Iglesia y el Estado se unieron para rendirle honores. El presidente, el primer ministro, líderes de la oposición y varios ministros, el alcalde y funcionarios públicos asistieron a sus exequias. Los estudiantes del colegio de la Santa Cruz, de Clonliffe, cantaron la Misa y colaboraron en las memorables ceremonias tan bellamente

realizadas. En la Misa en San Andrés, en el paseo de Westland, concelebraron 4 arzobispos. El cardenal O'Fiaich actuó de concelebrante principal y pronunció una preciosa homilía. Aunque la Misa se celebró en una de las iglesias más amplias del país, la multitud se desbordó hasta la vía pública, y fue necesario que los sacerdotes salieran a la calle a distribuir la comunión a la gente. Una escolta de la policía acompañaba a los restos, a través de las calles en silencio, hasta Glasnevin, donde el arzobispo de Dublín, Dr. Ryan, rezó las oraciones ante la sepultura.

¿Qué hubiera podido pensar nuestro hombre de todo ello? Difícil saberlo. Yo apuesto a que él habría preferido una Misa sencilla tal como la que él oía todos los días en la capilla de "Regina Coeli", o en la calle Church, y, un sencillo cortejo de sus legionarios hasta Glasnevin. Pero la providencia lo concertó de otro modo. El pueblo, al que él había amado y servido, reclamaba que esta figura mundial, que por su propia voluntad había vivido tan oscuramente, debía ser despedida en olor de multitud y recibir el honor que, de uno u otro modo, sólo corresponde a los grandes cristianos después de que han partido hacia la casa del Padre.





*El Papa Pablo VI, con Frank Duff, durante una entrevista privada celebrada tras la sesión final del Concilio Vaticano II al que Frank Duff habla asistido en calidad de auditor.*



*Fr. Thomas O'Flynn, CM, autor de este libro.  
Fue Director Espiritual del Concilium  
Legionis.*